

NO ME ARREPIENTO DE ESTE AMOR. FANS Y DEVOTOS DE GILDA, UNA CANTANTE ARGENTINA

Eloísa Martín

Doutoranda Museu Nacional/Universidade Federal do Rio de Janeiro- Brasil
CONICET - Argentina

Resumen. Gilda es el nombre artístico de Miriam Alejandra Bianchi, una cantante argentina de cumbia muerta en un accidente automovilístico en 1996. El presente artículo, basado en trabajo de campo realizando entre marzo de 2002 y septiembre de 2003 con dos clubes de fans y con los visitantes a su tumba, se propone describir la tensión constitutiva entre quienes “*siguen*” a Gilda. Esta se establece a partir de las diferentes autodefiniciones en relación a la cantante y las consecuentes definiciones de su status: mientras para algunos (“devotos”, “promeseros”) ella es una “santa”, a la que hacen promesas o dedican sacrificios, otros (los “fans”) se nuclean en “fan’s clubes”, le niegan el título de “santa” y evitan o se burlan de los gestos que ellos consideran inapropiados por “religiosos”, aunque, también ellos, le hagan pedidos o atribuyan a Gilda milagros en sus vidas.

Palavras-chave: catolicismo, devoção popular, religião, cantora popular.

Abstract. Gilda is the artistic name for Miriam Alejandra Bianchi, an Argentinean cumbia singer who died in an automobile accident in 1996. This essay, based on field-work done between March of 2002 and September of 2003, among members of her fan clubs and visitors to her tomb, proposes to describe the constructive tension that constitutes those who “*follow*” Gilda. I begin by classifying the various forms of self-definition that are based on the figure of this singer and that in turn are responsible for her status. For some, “devotees” and “promise-keepers”, she is a “saint”, to whom promises and sacrifices are made. For other “fans”, those who belong to her fan clubs, she is not a “saint”, even denied the title. They avoid or make fun of the inappropriate gestures made by the “religious”, even though they also make petitions to her or will attribute to her miracles in their lives.

Keywords: catholicism, popular cult, religion, popular singer.

El nicho donde reposan los restos de Gilda es el 3635 de la galería 24, del Cementerio de Chacarita, en la ciudad de Buenos Aires. A su lado, se encuentra su hija Mariel. Y enfrente, más abajo, Tita, su madre. Los nichos de las tres están siempre cubiertos de flores. Los Gilda y su hija, además, ostentan decenas de placas de agradecimiento para la cantante y mensajes escritos a mano que se renuevan, a pesar de las limpiezas semanales. Una docena de rosarios de plástico, de diferentes colores, cuelgan del improvisado soporte para las flores. Un pequeño buzón, fabricado con una caja forrada, recibe cartas de los visitantes, que periódicamente son llevadas al santuario erigido en el lugar del accidente que le quitó la vida. Las tres mujeres fallecieron, junto con cuatro músicos, el mismo día, el 7 de septiembre de 1996, en un choque, mientras viajaban a realizar un show en la provincia de Entre Ríos. Esas informaciones, con algunas variaciones, son repetidas por los fans que allí se reúnen los fines de semana a todos los que visitan el lugar por primera vez. Las historias que ellos cuentan, espontáneamente, a quienes visitan el nicho, no se basan necesariamente en una biografía datada y tampoco precisan estructurarse en el argumento lineal de la hagiografía. Ellos relatan, en palabras de Carozzi (2002) “encuentros que se vuelven memorables”: el baile en que la conocieron, el gesto amistoso que los hizo sentir queridos, el sueño en el que ella se hace presente, una de sus canciones en un momento difícil, el milagro solicitado con fe y propiciado con el esfuerzo cotidiano.

Ocho años después de su muerte, muchas personas visitan a Gilda en el cementerio y en su santuario. Algunas de ellas, además, se reúnen para recordarla en clubes de fans¹ que se fragmentan, crecen, decrecen, cambian de forma, pero continúan funcionando en torno de la figura de Myriam Alejandra Bianchi, mujer, esposa, madre y ama de casa de clase media que, a los 28 años, decidió responder un aviso en el diario, volverse cantante y comenzar a ser llamada Gilda.

En 1992 grabó su primer CD, al que se le sumaron tres más entre 1993 y 1995, con los que adquirió algún éxito en las ventas y una cierta notoriedad, especialmente a partir del tercer disco.² Sin embargo, a pesar de haber convertido algunas canciones en éxitos que trascendían el ambiente de la cumbia, Gilda³ no llegó a ser de las cantantes más reconocidas por la prensa especializada ni, en muchos casos, por los habituales consumidores de cumbia.⁴ Fue sólo en años posteriores a su muerte que su presencia creció en visibilidad en el espacio público: decenas de notas

periodísticas, programas especiales en canales de aire, un documental sobre su “santificación”, un proyecto para filmar un largometraje sobre su vida, ediciones especiales de CDs y pósters, libros y numerosas notas tanto en revistas populares como en diarios de amplia circulación.⁵ Algunas de sus canciones musicalizaron telenovelas y otras fueron regrabadas por cantantes de diferentes géneros. Su muerte, además, se convirtió, para los medios, en una matriz para entender otras muertes trágicas en el mundo de la música tropical: explicaba tanto los peligros de la vida de esos artistas en términos de mal camino (consumo de drogas y alcohol, promiscuidad sexual, delincuencia) y de explotación (sobrexposición en los medios, numerosos shows por noche, contratos esclavistas) como las “santificaciones” posteriores de los mismos.⁶

La propuesta de este trabajo es describir y analizar una tensión constitutiva entre quienes “*siguen*” a Gilda, en torno a su definición. En términos nativos, “*seguir*” refiere a la práctica de los fans no apenas de presenciar todos los shows de su ídolo, sino de hacerle sentir su presencia esperándolos a la salida, intentando ingresar a los bastidores, haciéndose visibles entre la multitud de espectadores a través de banderas y remeras identificatorias. Implica un acompañar a todos lados, independientemente de esfuerzo o sacrificio, un estar al lado y del lado del ídolo que es incondicional. En el caso de Gilda, además, este “*seguir*” póstumo se lleva a cabo a través de la adquisición de publicaciones, CDs o merchandising sobre la cantante y también “*siguiendo*” su inspiración al “*ayudar a la gente*”.⁷

Entre quienes siguen a Gilda, es posible identificar dos grupos, a partir de sus diferentes autoidentificaciones con relación a la cantante y las consecuentes definiciones del status de ésta: mientras para algunos, que se consideran “devotos” o “promeseros”, ella es una “santa” a la que hacen promesas o dedican sacrificios, otros, quienes se autodefinen como “fans”, se nuclean en “fans clubes”, le niegan el título de “santa” y evitan o se burlan de los gestos que ellos consideran inapropiados por “religiosos”, aunque, también ellos, le hagan pedidos o atribuyan a Gilda milagros en sus vidas. Estas categorías, por medio de las cuales los nativos se autodefinen y son reconocidos por los otros, son utilizadas con bastante recurrencia entre los miembros de los clubes de fans con quienes he trabajado y entre los visitantes a la tumba de Gilda.

“Vos sos fan, yo soy devota”

Esa tarde estábamos con Mario en la casa de Adriana, tomando mate dulce y viendo viejos programas, noticieros y videoclips sobre Gilda que nuestra anfitriona había grabado en los últimos años. La discusión, que ya tenía antecedentes entre ellos, surgió a partir de los subtítulos en pantalla de un programa de variedades, que definían como “Santa Gilda” a las imágenes del santuario y de las personas que afirmaban haber sido beneficiadas por un milagro de la cantante. Adriana hizo un gesto de ironía y dijo: “ves lo que te digo, ponen ‘santa Gilda’”. Mario continuó: “Sí, fueron los medios los que empezaron con eso de que Gilda es milagrosa y los milagros de Gilda, ellos lo inventaron. Fue todo un invento de los medios.” Adriana quiso moderar su afirmación: “Bueno, pero eso porque la gente ya iba y pedía con fe. Ellos lo único que hicieron fue tomar lo que decía la gente...”. Mario reforzó su punto: “sí, pero todo el circo de los milagros de Gilda fue un invento de los medios. Porque después dicen que Gilda es santa y ella es una persona común a la que le podés pedir cosas, como yo que también le puedo pedir a mi mamá y eso no quiere decir que sea santa. Porque yo le he pedido cosas a mi mamá y ella también me cumplió... o a mi hermano, que falleció...”. Adriana replicó: “Yo también le pido ayuda a mi mamá y le pedí por lo del juicio [que ganó], pero yo le hice una promesa a Gilda, no a mi mamá, por eso digo que me lo cumplió Gilda y no mi mamá. Eso no quiere decir que sea santa o que no lo sea, eso no te lo puedo decir ni yo, ni vos, ni ella [EM], ni nadie”. Adriana había levantado la voz y Mario hizo lo mismo: “Sí, pero ella te cumple como te puede cumplir otra persona que falleció, porque están todos con Dios”. Adriana insistió: “Sí, vos podés pedirle a tu mamá y esa gente también puede pedirle a otros, pero le piden a Gilda porque ella está más cerca de Dios”. Mario retrucó: “No, ella está con Dios como otros, están todos al lado de Dios”. Ella reiteró: “sí, pero no todos están como a la misma altura, porque hay algunos que tienen mucho que pagar antes... Y Gilda es como que está más arriba, entonces puede interceder por más cosas, por más gente, porque los milagros los hace Dios. Ni Gilda, ni la Virgen, ni los santos, mirá con lo que yo lo quiero a San Expedito...” Mario volvió la cara, furioso, hacia el televisor: “Sí, eso ya me lo dijiste”. Adriana aprovechó la brecha de silencio que su amigo le dejaba: “Entonces no podés decir que ella no es santa, porque nadie puede decir eso. Un cura por ahí sí puede, pero después va a tener que arreglar cuentas allá arriba, porque por ahí dentro de centenas de años a ella la declaran santa y no vamos a estar ninguno de nosotros acá en la tierra para verlo, pero si hicieron santo a San Francisco que era laico, el día de mañana pueden declararla santa a Gilda...”. Mario la interrumpe, nervioso: “Yo nunca dije que Gilda no era santa, yo dije que no era santa?, me pregunta y respondo apenas que no, con un hilo de voz. Adriana dulcifica el tono: “Bueno, pero

igual, yo quiero explicarte...” y continúa reptiendo su argumento mientras Mario, por toda respuesta, me señala la pantalla y comenta las imágenes. Adriana lo reta: “No me estás escuchando! no me das bola, no me entendés lo que te quiero explicar...!” y Mario, indiferente: “Sí que te estoy escuchando, pero vos no respetás mi opinión...”. Adriana concluye: “Yo te entiendo. Vos sos fan, vos la conociste cuando ella estaba viva. Yo no soy, nunca fui y nunca seré *fan* de Gilda. Yo soy *devota* de ella”.

A partir de esta discusión, que se repite periódicamente entre quienes “*siguen*” a Gilda, podemos distinguir dos “matrices” o “lógicas”, dos formas de autodefinirse, de definir al otro y a Gilda: por un lado, una relación — así definida por la propia Adriana— como “*mística*”, donde ella se autodefine como devota y sólo no califica a Gilda como “*santa*” porque una fuerte y reciente catequización católica (ella se bautizó y tomó la comunión en 2002) se lo impide. Por otro, la que Mario establece con Gilda, a quien conoció en vida, considera su amiga y para la cual fundó, hace 10 años, el club de fans “No me arrepiento de este amor”.

“Santa Gilda”

En una primera mirada, es posible incluir a Gilda dentro del panteón de santos populares argentinos y definir como pertenecientes a la “religiosidad popular” a las prácticas en torno de su imagen. Existen fechas de conmemoración específicas (los días 7 de septiembre, recordando su muerte, y cada 11 de octubre, por su cumpleaños), algunas personas le hacen y le cumplen promesas, se realizan gestos devocionales como encender velas o dejar ex-votos. Al santuario erigido en el lugar de su muerte, asisten decenas de peregrinos. Y preces le son dirigidas, en busca de protección, ayuda o consuelo. Desde ésta perspectiva, Gilda sería integrada en un mapa más amplio en el que conviven varias personas que, después de muertas, fueron “santificadas”.⁸

En este sentido, Jacinta, da cuenta de su “*devoción*” a Gilda por medio de prácticas que aprendió, desde niña, en torno del Gauchito Gil en Corrientes, su provincia natal. Ella “*se hizo promesera*”, definiendo, así, su relación con el ser sagrado (sea éste santo popular, santo canonizado, virgen, animita) de un modo más estrecho, extendido en el tiempo y con mayores responsabilidades en cuanto al cumplimiento de sus obligaciones. Mientras en el caso de una “*promesa*”, la deuda cesa en el momento de su cumplimiento, dejando abierta la posibilidad de volver

a pedir y prometer (con el saldo a favor de saberse “buen pagador”), no hacerlo o dirigirse hacia cualquier otro, el promesero crea un lazo más fuerte y más duradero con el santo, que implica, inclusive, casi la obligación de hacer “*promeseros*” a otros y que no se rompe en toda la vida.⁹ Jacinta “*se hizo promesera*” luego de curarse “*gracias a Gilda*” de cáncer. Si bien la promesa concreta a cambio de su restablecimiento había sido ir al santuario usando un vestido que ella confeccionó copiando al que Gilda tiene en las estampitas¹⁰ y, luego, dejarlo allí como testimonio, su compromiso con Gilda fue más allá: *se hizo promesera*. Es por ello que Jacinta viste, cada vez que va al cementerio, de violeta, el color que ella identifica como el de Gilda y en ocasiones especiales (como los aniversarios o los viajes al santuario), de la misma manera que los promeseros del Gauchito Gil visten de rojo o utilizan indumentaria gaucha. También, en sus palabras, “*hizo promesero*” a su hijo de 8 años (visitiéndolo con pantalón y chaleco de raso violeta, que ella misma confeccionó, en cada celebración o al visitar el santuario) creando así un lazo generacional de devoción y distribuye, cada vez que puede, medallas, cintas y gorras con la imagen de Gilda. Ella participa de las reuniones y las actividades del club de fans que preside Mario, colaborando activamente en muchas ocasiones, pero siempre como *promesera*. En este sentido, sí, Gilda puede ser considerada una santa popular, de igual modo que el Gauchito Gil o al Difunta Correa.¹¹

Adriana, como vimos, se define como “*devota*” y elabora su discurso y algunas de sus prácticas a partir de una muy reciente catequización católica. Sin embargo, su acercamiento a la Iglesia no es previo a su relación con Gilda: según ha relatado en numerosas oportunidades, fue “*gracias a Gilda*” que ella se acercó a la iglesia católica y empezó a creer en la virgen, luego de haber vivido una experiencia por ella definida como “*mística*” que, según ella, le permitió entender “*que la Virgen era virgen, aunque había estado embarazada de Jesús...*”. Ella sintió que el espíritu de Gilda entraba en ella y dedujo que de la misma manera había hecho el espíritu santo con María.¹²

El catolicismo le proporciona a Adriana herramientas conceptuales para definir sus prácticas: ella había hecho una “*promesa*”, pero sólo hoy la define como tal: “*en ese momento yo tuve un pensamiento en mi cabeza, que después vine a saber que era una promesa, porque en aquel momento yo no lo sabía*”. Esto no es casual, no sólo porque hasta hace poco tiempo atrás no tenía una práctica sacramental católica o un contacto con su panteón sagrado, sino porque ella tampoco participaba de ningún culto

a santos populares. El único santo que ella recuerda “*haber conocido*” (concepto que implica no sólo tomar conocimiento de su existencia, sino también poder participar de su influencia) antes de su ingreso al catolicismo, es San Jorge, por medio de su padrino (pai umbanda) pero al que sólo fue a visitar una vez, en un templo de la Iglesia Ortodoxa Armenia.

Si Adriana hoy es reticente a llamar a Gilda “santa” es porque aún ella no ha sido canonizada por la Iglesia católica: sin embargo ella analiza las posibilidades que la cantante tendría “*dentro de cien años, cuando nosotros ya no estemos*” a la luz de otros santos católicos que ella considera afines “*porque fueron laicos*” o tuvieron historias de vida que ella observa como no ligadas por completo a la esfera de la Iglesia católica, como San Francisco de Asís o San Expedito y considera que muchos de los milagros que hoy se le adjudican a Gilda, podrían ser usados para su futura canonización: de ahí que le explique a Mario que no puede afirmar, como veíamos más arriba,

que ella no es santa, porque nadie puede decir eso. (...) porque por ahí dentro de centenas de años a ella la declaran santa y no vamos a estar ninguno de nosotros acá en la tierra para verlo, pero si hicieron santo a San Francisco que era laico, el día de mañana pueden declararla santa a Gilda...

En este sentido, la experiencia de Adriana podría ser entendida en términos de una apropiación fuerte de la doctrina católica tamizada por experiencias previas en un cruce (que, sin embargo, nunca tuvo una adscripción denominacional) entre el umbandismo, practicado por su padrino, y el espiritismo, practicado por su madre. Así, y continuando una larga lista de monografías al respecto,¹³ es posible considerar lo que ocurre en torno de Gilda como otra “devoción popular”, analizada en términos, más o menos procesuales, de “santificación” calcado del patrón de canonización de la Iglesia católica: los milagros relacionados de modo directamente proporcional a la santidad, su figura dentro de una jerarquía de seres sagrados que replica la católica, su acción entendida en términos de mediación.

Sin embargo, como hemos visto más arriba, no existe unanimidad alrededor de la definición de Gilda en términos de “santa”: antes, al contrario, la de Mario es una de muchas voces que se resisten a esta identificación. De esta manera, y lejos de constituirse como una anomalía dentro del abanico de devociones populares, sugiero que el de Gilda es un caso iluminador para el análisis de otros cultos, pues las tensiones y

conflictos que, en otros casos, han encontrado resoluciones más o menos estables, sea por la “tradición”, sea por algún tipo de institucionalización, en el de Gilda aparecen con mayor claridad dando cuenta hasta qué punto la definición de su status está lejos de ser unánime o de estar consolidado: para quienes la siguen, ella es “ángel”, “princesa”, “santa”, “mejor amiga”, “almita” y hasta, “*un muerto como cualquier otro*”. Así, definir *in toto* a Gilda como santa y a quienes la siguen como devotos se presenta como una salida simplista que, además, es rechazada por una parte importante de quienes la siguen.

“Esto no tiene nada que ver con la religión”

La discusión surgió una tarde de domingo, en el mes de julio de 2002, luego de que una mujer relatará al grupo de fans reunidos en el cementerio las acciones benéficas que Gilda tenía en su vida. La mujer, de unos 50 años, relató con detalles cómo Gilda siempre accedía a sus pedidos y cómo era capaz de accionar ciertos gestos que garantizaban la eficacia de sus ruegos. Cuando ella se fue, Mario, que había estado escuchando con cara de impaciencia, estalló:

¿Sabés qué me molesta? Que la traten a ella como si fuera Dios o la Virgen, que lleven todo para el lado de la religión y después vienen y te preguntan por los milagros, por santa Gilda... ¡Esto no tiene nada que ver con la religión! Ella, para mí, no es una santa, es una persona común como todos nosotros y acá vienen a contar que les cumple esto, que les cumple lo otro...

Mario es el presidente de uno de los clubes de fans de Gilda, el único fundado antes de su muerte que aún persiste. Para él, el club de fans y sus actividades como presidente del mismo se centran y deben centrarse en “*recordarla porque ella se rompió para llegar... [porque] a ella nada le fue fácil, no por los milagros*” porque “*ella es una pasión para nosotros*”. Sin embargo, atribuir al movimiento que Mario realiza en relación a Gilda la impronta de la secularización o la laicización o, aún, pensar que se trata de algo semejante a lo que la Iglesia católica realiza al minimizar el papel de los milagros de sus santos para reivindicar las cualidades morales es menoscabar, no sólo el valor y el papel que los milagros tienen en la vida del joven, sino la importancia de aquello de especial y específico que Gilda tiene, para él, por sobre otros seres excepcionales.

Excluir a Gilda de la “religión” tiene, para Mario, al menos dos implicancias que, sin embargo y al mismo tiempo, refuerzan su carácter sagrado. Por un lado, en el caso de Mario como en el de otros informantes con los que he trabajado, existe una identificación casi sinonímica entre “religión” e “iglesia católica”: ajena al panteón de santos canonizados y a cualquier mediación o apropiación institucional, Gilda “*no tiene nada que ver*” con la iglesia católica y no puede ser asimilada a ninguna de sus definiciones o gestos devocionales. Es en este sentido que Mario refuerza que “*Gilda no es la Virgen*” cuando considera que algunos de los que participan del club de fan’s o visitan el cementerio “exageran” en los milagros y en la influencia en sus vidas (y hasta en fenómenos más abarcativos, como los vaivenes climáticos) que le atribuyen. Es en ese sentido que él afirma que Gilda “*no tiene nada que ver con la religión*”: considerar a Gilda “*santa*”, a contrapelo de la opinión de la Iglesia, es arriesgarla a excluirla del acceso a las posibilidades benéficas que están bajo el control de la Iglesia Católica y, en el límite, de demonizarla.

Y es desde esta perspectiva que, por otro lado, Mario reconoce que la Iglesia y sus sacerdotes son portadores de cierta fuerza a la que puede accederse a través de las bendiciones, de la oración, de la misa, del agua bendita, del acceso al templo o de la sola presencia de un sacerdote. Es por ello que se preocupa cuando advierte lo que él considera “excesos”, de los seguidores de Gilda y de los medios que pretenden identificarla como “santa”: “*y después sale todo eso en la tele y a ella la iglesia la discrimina, por todo lo que sale en los medios...después no quieren hacerle misa ni venir a bendecir el nicho...*”, aclararía en la misma discusión de aquella tarde. Al igual que Adriana y Jacinta, Mario (re)conoce el valor de la bendición como parte de un abanico de posibilidades de fuentes de poderes benéficos y de fuerzas protectoras que se organizan y se integran en una composición, que Semán (2001, p. 54-58) denomina cosmológica, en el sentido que lo sagrado es “un nivel más de la realidad”, realidad ésta no basada en una separación entre lo natural y lo sobrenatural, lo inmanente y lo trascendente. En dicha composición, tanto las adscripciones denominacionales como un concepto de “religión”, definido desde una perspectiva moderna en tanto esfera separada de prácticas autónomas, no tienen sentido. Y si Mario se preocupa por la posibilidad que la cantante quede excluida de esos beneficios, ello no obsta que, al mismo tiempo, él admita que Gilda le “*cumple cosas*” cuando le pide y, de hecho, reparte estampitas con una oración a Gilda

entre quienes visitan su tumba en el cementerio¹⁴ y aconseja “*escribirle a Gilda*” (dejarle un mensaje o una carta en su tumba) cuando alguno de los miembros del fan’s club que preside atraviesa por un problema grave.

Sin embargo, esta capacidad de obrar milagros no sería condición suficiente para elevar a Gilda por encima del resto de los difuntos y colocarla al mismo nivel que, por ejemplo, la Virgen: si bien es posible afirmar que ambas pertenecen al mismo nivel de la realidad (que podríamos definir, al menos provisoriamente, como lo sagrado), de ello no se desprende que sus valencias sean equivalentes. Al mismo tiempo, Mario también “*le pide*” a su madre cuando lo necesita y ella siempre le “*cumple cosas, como cualquier muerto*”, pues para Mario (pero también para Adriana y para Jacinta) cualquiera que traspase la frontera de la vida adquiere la capacidad de influir en la existencia los vivos, obrando a veces a su favor, a veces en su contra. En ese sentido, ni la muerte trágica sería condición *sine qua non* para la capacidad de obrar milagros, ni el milagro sería, como para el canon católico, verificación y condición de “santidad”, pues la definición de “milagro” presente en las cosmologías de los sectores populares dista de la que da la Iglesia, que lo considera un evento extraordinario:

(...) o milagre popular é a mostra de efeitos simples de trocas de fidelidades mútuas entre o sujeito e a divindade, com ajuda ou não de uma igreja e de mediadores humanos ou sobrenaturais. Ele não é a quebra, mas a retomada ‘da ordem natural das coisas’ na vida concreta do fiel, da comunidade ou do mundo, por algum tempo quebrada... (Brandão, 1980 p. 131).

Desde esta perspectiva, creo que es necesario problematizar la idea de la muerte trágica como propiciadora de la santidad. Más allá de una amplia bibliografía que muestra hasta qué punto algunos personajes están particularmente vivos y activos en el mundo a partir de una muerte inesperada, violenta o injusta (Brown 1981; Frade 1984, 1987; Fagundes 1987; Calavia 1996; Carozzi 2002 b, Freitas 2000, entre otros), el caso de Gilda permite pensar en la posibilidad de una inscripción en lo sagrado previa al hecho de su fallecimiento. Más allá de las narraciones póstumas que leen en función de su status actual los hechos del pasado, hay por lo menos dos casos de cura milagrosa que le son atribuidos cuando ella todavía estaba viva y de los cuales hay documentación contemporánea a la cantante: en un largo reportaje grabado en video,¹⁵ la propia cantante

comentó esos casos y desechó cualquier posibilidad de tener “*poderes sanadores*”.

No estoy negando aquí las implicaciones que su muerte tuvo en su “santificación”, propongo, sí, que no es sólo la muerte trágica la que inscribe a Gilda partícipe, aún antes de su muerte, de una textura diferencial del mundo compartida con sanadores, carismáticos, santos populares y otras figuras extraordinarias. No es mi intención, tampoco, polemizar sobre las posibles “causas” de la santidad (de Gilda o de cualquier otro objeto de devoción en las clases populares), preocupación, a veces, más propia de algunos analistas: de hecho, los nativos no se preguntan por dichas “causas”, pues, para ellos, los dones no necesitan justificativa. En la visión nativa, a los dones apenas hay que darles un uso apropiado, “justo”, lo cual no implica necesariamente que coincidan con conductas morales ejemplares (en este sentido, ver entre otros Frigerio & Rivero 2003, Freitas 2003).

En este sentido, y más allá de los reparos que opone Mario para definir a Gilda como santa (y autodefinirse como su par complementario: devoto), desde su perspectiva, Gilda sí es parte de una textura diferencial del mundo que podríamos definir como sagrada y lo es porque reúne otras condiciones, porque su excepcionalidad excede la de los milagros que “*cualquier muerto*” es capaz de realizar. Gilda es su “*guía*”, quien le pone o le quita personas de su camino, para que lo ayuden o no lo molesten, quien lo ayudó a conseguir la tenencia de su hija, es quien lo sacó de las drogas, quien lo *rescató*. Sin embargo, a menos que lo presionen para ello, Mario nunca va a hablar de eso hechos en términos de milagros: “*Milagros hace la virgen*”, explicará, más lejos del catecismo católico de Adriana, pero no por ello menos asiduo a la iglesia de la Medalla Milagrosa, advocación de la que, esta vez sí, se define como *devoto*.

Reflexiones finales

En estas líneas he presentado la tensión entre fans y devotos pues es, para los propios nativos, constitutiva de su relación con Gilda y con el resto de los que la *siguen*. Dicha tensión nos permite pensar en otros procesos de “santificación”, de inscripción en lo sagrado, que no se reducen apenas a la muerte trágica o la capacidad de obrar milagros y no limitar a Gilda apenas al status de santa y a homogeneizar a sus fans

en la definición de devotos, aún cuando compartan con éstos algunas prácticas devocionales. En este sentido, tampoco pretendo negar la importancia de aquellos que se autodefinen como devotos y reconocen a Gilda como santa dentro de un panteón mayor, que no comparta con esos santos el hecho de una muerte trágica o la capacidad de obrar milagros. Sin embargo, como he mostrado en las líneas precedentes, lejos de estar consolidado, el status de Gilda en cuanto “santa” no es axiomático para los nativos, lo que no es obstáculo para ligar a Gilda a otros seres especiales, dotados, que forman parte de una cierta textura sagrada. El don (de influir sobre la vida de los otros, de cantar, de encantar) es anterior a la muerte y la muerte, propongo, aún más si es trágica, apenas lo confirma y lo consolida y la construcción de la definición de Gilda y sus caracterización como parte de una textura diferencial del mundo, parte de recursos tomados de las trayectorias de los nativos.

Es la sutileza de esas diferenciaciones que, sugiero, introducen un matiz clave para problematizar las definiciones de religiosidad popular presentes en la bibliografía y nos permiten repensar los límites, casi siempre difusos y muchas veces más abarcativos y complejos que la concepción moderna que lo limita a una esfera, del concepto de religión para entender las relaciones con lo sagrado en los sectores populares. El caso de Gilda nos abre a la posibilidad de observar un núcleo “sagrado” en las prácticas de los fans, que no puede ser ignorado y, por lo tanto, nos permite hablar de las relaciones con lo sagrado analizando grupos y prácticas no definidos como “religiosos”.

Notas

¹ Numerosos clubes de fans se formaron, antes y después de la muerte de Gilda. Algunos de ellos se diluyeron con el correr del tiempo (como “Ámame Suavecito”), otros se fragmentaron, sufrieron divisiones (“Gilda un amor verdadero” se formó en 2002, de la mano del ex vice presidente de “No me arrepiento de este amor”) y otros mudaron de forma, como es el caso de “No es mi despedida” que, formado en abril de 1997, se convirtió en la Fundación y comedor infantil “Los corazoncitos de Gilda”. Aquí me voy a referir solamente a clubes de fans de Buenos Aires (capital y conurbano), pues aunque tengo registro de la existencia de otros grupos en Misiones, Corrientes, Chubut, Santa Fé y provincia de Buenos Aires, es sólo con los primeros que he podido tener contacto durante mi trabajo de campo.

² En 1992 graba *Gilda, la única*, en 1993, *Pasito a pasito* (con su primer éxito: “No me arrepiento de este amor”) y, en 1995, *Corazón Valiente*, un álbum mejor producido (no sólo en lo referente a la calidad de sonido, sino en el arte de tapa y en la difusión de su primer corte, *Fuiste*, del que llegó a filmar un videoclip) y el más vendido hasta el momento. Sin contar las numerosas recopilaciones que se lanzaron al mercado después de su muerte, a la discografía “oficial” de Gilda se le suma el póstumo *Entre el cielo y la tierra*, que contiene, entre otras, cinco canciones que Gilda había grabado en forma doméstica en un cassette que, según la historia narrada por la compañía editora fue encontrado, en circunstancias consideradas “milagrosas”, en el lugar del accidente, un mes después de ocurrido. De hecho, ese cassette había quedado en la casa de quien, al momento, fuera su pareja y su socio musical, Toty Giménez.

³ Las canciones “Fuiste” y “No me arrepiento de este amor” fueron reapropiadas por las hinchadas de los clubes de fútbol San Lorenzo y Boca en sus cantos de aliento.

⁴ En muchos casos que me han sido referidos, los fans de Gilda que a mediados de los 90 escuchaban cumbia habitualmente sólo supieron de ella (“*la conocieron*”) después de su muerte: o porque no asociaban las canciones que en su momento oían a su figura o porque sólo se interesaron en oírla a partir de los comentarios positivos que su figura despertó después de su muerte. No estoy contando en este grupo a un gran número de fans que, en aquel momento, no habían nacido o eran niños pequeños.

⁵ Entre 1998 y 2000 fueron publicados al menos 8 libros sobre Gilda, sus “poderes” y sus “milagros”, y tanto los principales periódicos de Argentina cuanto revistas especializadas en el mundo del espectáculo y publicaciones dedicadas a la cumbia le dedicaron numerosas notas. A partir de una muestra que, por parcial no pretende ser representativa, pero permite tener una idea tendencial, en 1997 y 1998 fueron publicadas la mayor cantidad de notas (que serían recogidos en los libros, la mayoría de ellos publicados en 1999 y 2000). Entre 1999 y 2002 se verifica un descenso en la aparición de notas relacionadas con Gilda, la mayoría de ellas, sobre todo a partir de 2000, con la muerte de Rodrigo, están relacionadas a otros “*mitos*” muertos trágicamente.

⁶ Dos cantantes de cuarteto (asociados por los medios a la música tropical en un sentido amplio) murieron en accidentes de tránsito en 2000, Rodrigo, y 2002, Walter Olmos. Las “coincidencias” que conforman la matriz de la que hablo, y que son retomadas en un libro reciente sobre Rodrigo (Fernández Cicco 2002), ilustran la lectura dominante de la “*bailanta*” y son tomadas con reticencia por los fans, que las consideran falsas y fabricadas por los medios.

⁷ En mayor o menor medida, todos los fan’s clubes con los que he trabajado tienen la preocupación de “ayudar a la gente”. El ejemplo más notorio es el de “No es mi despedida” que, convertido en Fundación y comedor infantil Los Corazoncitos de Gilda, funciona desde abril de 1998 en una casa cedida por la que fuera la presidenta del fan’s club, Laura Maresca, en Beccar, zona Norte del Gran Buenos Aires. El comedor sirve, de lunes a viernes, merienda y cena a unos 40 niños de villas cercanas.

⁸ En el siglo XIX, el gauchito Gil, Difunta Correa, Pancho Sierra; en el siglo XX, la madre María, la Hermana Irma, María Soledad Morales, el soldado Carrasco, Rodrigo, entre muchos otros (Coluccio 1986).

⁹ En otro artículo describo con mayor detalle casos de promesas y de “promeseros” entre peregrinos al santuario de Itatí. (Martín 2003 b)

¹⁰ En las estampitas, Gilda aparece usando un vestido azul (que a veces por fallas en la impresión o por exceso de retoque en la imagen, se transforma en violeta: de allí la elección de Jacinta), el mismo con el que ilustra la tapa de su CD “Corazón Valiente”. Hasta el momento, no he podido indentificar quién escogió esa imagen ni a quién se le atribuye la idea de emitir la estampita, que en su reverso tiene una oración, pero que en la actualidad se ha convertido en el aspecto “oficial” de Gilda en medallas, imágenes de bulto y de cuadro, altares y otros elementos devocionales.

¹¹ De hecho, así como Jacinta tamiza sus experiencia devocional a partir (pero no exclusivamente) de un aprendizaje previo en el culto al Gauchito Gil en su provincia natal, Jorge hace un movimiento semejante a partir del culto de la Difunta Correa, también aprendido en su provincia natal, San Juan.

¹² El relato de este hecho es central en la vida de Silvia, en su relación con Gilda y es fundamental para entender su percepción de su vida como una “misión” que debe cumplir en la tierra: la de ser su sucesora, cantando sus canciones. Por razones de espacio y porque excede los objetivos de este trabajo, no me detendré ahora en este punto.

¹³ Para un análisis de dicha bibliografía, ver Martín 2003 a.

¹⁴ La oración del reverso de la estampita dice: “Gilda no me abandones en ningún momento porque necesito que tu infinita bondad me proteja de todo mal”.

¹⁵ “Gilda” (1998) dirigido por Martín Schaffner y producido por Adrián Sgro, Vanina Ferrari y Martín Schaffner. (c) Leader Music.

Referências

- BRANDÃO, Carlos Rodrigues: *Os deuses do povo. Um estudo sobre a religião popular*. São Paulo: Brasiliense. 1980
- BROWN, Peter (1981): *The Cult of the Saints. Its Rise and Function in Late Christianity*. Chicago: University of Chicago Press.
- CALAVIA, Oscar: *Fantasma Falados. Mitos e mortos no campo religioso brasileiro*. Campinas: Editora da Unicamp. 1996.
- CAROZZI, María Julia: “La religiosidad popular en las políticas del patrimonio cultural”, IN: *Estudios sobre Religión. Newsletter de la Asociación de Cientistas Sociales de la Religión en el Mercosur* n. 13. Buenos Aires. pp 5-9. 2002.
- COLUCCIO, Felix: *Cultos y canonizaciones populares de la Argentina*. Buenos Aires, Biblioteca de Cultura Popular. 1986.
- FAGUNDES, Antonio Augusto: *As Santas Prostitutas: Um estudo de devoção popular no Rio Grande do Sul*. Porto Alegre: Martins Livreiro Editor. 1987
- FERNÁNDEZ CICCIO, Emilio: *Rodrigo Superstar*. Buenos Aires: Planeta. 2002.
- FRADE, Maria de Cásia: Santo de casa faz milagre. *Comunicações do ISER* Rio e Janeiro, ano 3, n. 9, p. 29- 42, 1984
- FRADE, Maria de Cásia: *Santa de casa. A devoção a Odetinha no Cemitério São João Batista*. Disertación (Maestria en Antropologia Social). Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, 1987.

FREITAS, Eliane Tânia Martins de: Violência e Sagrado: O que no criminoso anuncia o santo? *Ciencias Sociales y Religión/Ciências Sociais e Religião* Porto Alegre, año 2, n.2, p. 191-203, 2000.

FREITAS, Eliane Tânia Martins de: Mortes banais, mortos especiais: devoções populares no nordeste do Brasil. *Estudios sobre Religión. Newsletter de la Asociación de Cientistas Sociales de la Religión en el Mercosur* Buenos Aires, n. 15, p. 9-13, 2003

FRIGERIO, Alejandro y RIVERO, Carlos: San La Muerte en la metrópolis: Procesos de eclesificación de cultos populares. In: ICA-Congreso Internacional de Americanistas, 51, Santiago de Chile, 2003.

MARTÍN, Eloísa “Religiosidad popular”: revisando un concepto problemático a partir de la bibliografía argentina. *Estudios sobre Religión. Newsletter de la Asociación de Cientistas Sociales de la Religión en el Mercosur* n. 15. Buenos Aires. pp 1-9. 2003 a.

MARTÍN, Eloísa: De Marias e Luizes: experiências devocionais e de gênero numa festa mariana. *Civitas*. Porto Alegre: PUCRS. 2003 b.

SEMÁN, Pablo: Cosmológica, holista y relacional: una corriente de la religiosidad popular contemporánea. *Ciencias Sociales y Religión/Ciências Sociais e Religião* n.3, Porto Alegre. 2001